

Fragments de cartas

(De Paz á su amiga)

18 de Abril

“Queridísima: Te escribo toda furiosa; no te puedes figurar cuánto. Acabo de reñir con Alfonso, era preciso. Lo he sentido yo misma porque ya conocías cuánto le he querido siempre y muy especialmente en estos últimos tiempos; pero la fatalidad que siempre me persigue le ha puesto ante mis ojos, y ante los de todo el mundo, en situación tan desairada y humillante, que francamente, me ha causado tanta decepción al par que rabia y coraje su indigno proceder, que movida por no sé qué resorte, mi amor de pronto se ha trocado en desprecio grande y vergüenza de que vuelva á llamarme su novia.

Si, si; es vergonzoso. Alfonso es un cobarde, una mujerzuela débil y aún muchas no harían lo que él.

Créeme, no escribo dominada por el arrebato y la contrariedad que siento en los presentes momentos; tú juzgarás lo ocurrido y no me llamarás comedianta como otras veces porque en ésta me asiste la razón por entero.

Ya ves, pudo haberme cegado la pasión como en tantas ocasiones; pudo el amor que siempre le tuve haber puesto una venda en mis ojos que sólo me hubiera permitido ver los falsos alardes de valor con que sin duda pensaba ocultar su insuperable cobardía; pero no, no ha sido así. He visto



claro lo ocurrido; he sufrido lo indecible al verle sufrir á él también; he renegado de mi carácter ¡quién sabe! Quizá demasiado romántico, pero al fin, sobreponiéndome á todo, venciendo las fuerzas que todavía hacia é me llevan, al considerarlo indigno de aspirar á mi mano no he dudado con honda pena alejarle de mi.

Te advierto que, en parte, mía, muy mía es la culpa de lo que me ocurre y lo que hoy me hace llorar; mía es la culpa porque en mi prudencia estaba evitar lo que debí evitar á toda costa. Mas no fue así; me dejé llevar de mi vanidad, de ese pecaminoso deseo que á menudo acariciamos con perversa coquetería las mujeres, del inexplicable gozo de ver sufrir por unos momentos al hombre que se ama para luego tornarle al contento con mimo indecible. Esto hice yo. Palabras lisonjeras recibí en una carta de amor de alguien á quien amé en otros tiempos. Yo debí haber roto esa carta; debí haber contestado despreciando á quien osaba hablar de amores con el inícuo atrevimiento de no ignorar mis relaciones con Alfonso. Y en último caso, si inevitablemente me sentí halagada y satisfecha por el mismo que otro día, ingrato, me dejó, era mi deber ahogar esa vanidad y mi orgullo con la mordaza del amor presente. Ahora comprendo mi torpeza, por eso ahora me arrepiento. Nada de esto hice, bien al contrario, di á Alfonso la carta maldita; espoleé su amor propio; sembré en su alma los celos terribles; inundé su corazón con la duda aplastante de pensar que vacila el amor; con singular

picardía le hablé de viejos amores, y entonces él exaltado, todo fuera de sí, con la ofuscación de lo no meditado contestó la carta con insultos gravísimos suficientes á ofender al menos susceptibles.

Luego ocurrió lo inevitable entre hombres de honor: el duelo se imponía con todas sus horribas consecuencias. El otro así lo planteó muy ufano y muy altivo. Afortunadamente la gran distancia que les separa hacía imposible su realización. Además Alfonso se negó á aceptar tal lance y en cambio le retó muy decidido en otro terreno menos teatral y ampuloso pero quizá casi siempre de más prácticos resultados.

Nuevas catas se cruzaron entre ambos. Á un insulto siguió otro insulto; á una ofensa siguió otra mayor.

Todo sin embargo parecía que había terminado y la tranquilidad renacía en mi ánimo, estaba muy lejos de pensar ni esperarse lo ocurrido hace unos días.

¡Cómo pude jamás figurarme que mi imprudente vanidad sólo serviría para colocar en la más despreciable de las situaciones al hombre que amo! Y así fue: el otro de súbito salvando la enorme distancia, se presentó con aires de fiera ultrajada. Yo lo ví, pasó por mi puerta.

Tres años ya hacía que estaba sin verle y ¡si supieras qué efecto tan triste produjo á mi alma!... con escalofrío de muerte acogí su inesperada presencia. Parecióme siniestro presagio de males muy próximos su provocativa actitud. Y su enorme figura que adoré en otros tiempos, al contemplarla con jactancia de fatuo tan odiosamente displicente, sentí no sé que deseos de humillarla y restregar por el cieno su pedantesca fiereza.

Mucho sentí su inesperado propósito, mas deploré que fuera motivado por mi impremeditación, pero ya una vez irremediable, sabedora la opinión de su llegada, del funesto motivo que le trajo, confieso que ardía en deseos de que se le hubieran achicado las arrogancias de valentón pretensioso el que con aire hostil venía á vengar los insultos de Alfonso.

Poe eso entonces hubiese querido ver en mi novio otro hombre; otro hombre que á sus arrogancias hubiere contestado con otras mayores; que hubiera parado sus provocativos desplantes castigando con mano dura su inusitado atrevimiento. Mas lejos de esto, vi á Alfonso medroso, aturdido en deprimente situación; protestando, en vano, torpes excusas para buscar al rival que ansiaba encontrarle.

Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero sí alcanzo á comprender que algunas veces la vida de un hombre debe exponerse con desprendimiento y valor. Y ¿podía acaso presentarse otra mejor que esta en que iba envuelto el nombre de la mujer amada con la negación absoluta de su honor de caballero? No, no; te lo aseguro: Alfonso con despreñar tal ocasión perdió lo indecible ante mis ojos; y acabó de perderlo todo, cuando no contento con negarse á verse frente á frente con su enemigo, con rastrero rebajamiento pidió apoyo, pidió protección y auxilio de quien pudiera ejercer coacción con el otro y así librarse del riesgo que corría su persona.

¿Cabe cosa más increíble? ¿Qué hubieras tú hecho en lugar mío? ¿Resignarte á compartir con él la murmuración incesante de las gentes mordaces afanosas de encontrar un motivo por fútil que sea para hincar la garra destrozadora de su cruel ensañamiento?

¿Tampoco había de valer mi amor y mis caricias para que las guardase á quien no había sabido defender su dignidad pisoteada y la mía con riesgo de sí mismo?...



Cito

De El Enguerino. Año III nº 81
Enguera 15 de mayo de 1909